

LUISA.—Bueno, si las quiere usted a noventa y cinco céntimos.

VALENTINA.—¿Dónde?

LUISA.—Neully, a la derecha, según se va...

VALENTINA.—Espere usted que lo apunte.

LUISA.—¡Que aprenda! ¡Que aprenda la nueva pobre!

VALENTINA.—Eso es, que aprenda. Hay que saber vivir. ¡Hasta que ésa sepa lo que nosotras!...

LUISA.—¡Uy! ¡Imposible! Y me voy, que me espera mi marido. Dé usted recuerdos al suyo, pero no se los dé muy fuerte.

VALENTINA.—¿Muy fuerte?

LUISA.—¿No es usted la que...?

VALENTINA.—¡Ah! ¿La ropa? Ya... sí...

LUISA.—Es casa es el mío. Y adiós, hija, hasta otro día.

VALENTINA.—¡Hasta otro día! (*Mutis Luisa.*) ¡Ah! ¡Qué espanto!... ¡Se ensañaban conmigo! ¡Lo que me habrán robado si por una coliflor he pagado seis francos y medio! ¡Qué espanto! ¡Qué coliflor no sería! Ahora recuerdo que encima nos sentó mal. ¡Claro! A ese precio... Y mientras Julio, mi pobre Julio querido, engañásdome, diciéndome que él va a comprar las cosas para que yo no me moleste. Y es que si yo me molesto nos sale tan barato. ¡Julio querido, cuánto te quiero! Pero se acabó la nueva pobre; desde hoy todo a mitad de precio; hay que regatear. Regatear... ¡Uy, qué palabra tan ordinaria! Y luego de aplicación muy difícil, porque hay que saber regatear. Creo yo que hay dos maneras: por las buenas y por las malas. Por las buenas: "Caballero, sería usted tan amable si tuviera la bondad de eso que vale diez dejármelo en cinco." Y si me dice: "No me da la gana", me muero del sofoco. No, no, mejor es por las malas. "Oiga usted, eso que vale diez me lo llevo en cinco o armo un escándalo." Y lo armo. Y voy a la comisaría y me sale más caro. Tampoco. ¡Dios mío! ¡Ayúdame! Quiero saber ser pobre. Dime tú como se aprende. (*Un timbre.*) ¡Uy, la puerta! Ahora tengo que abrir! Esto es lo peor. Pues nada, se abre. A la una, a las dos y a las tres. Se cierra los ojos, se abre y se dice: "¿Qué desea usted?" (*Abre.*)

JULIO.—(*Cargado de paquetes.*) ¡Quererte! ¡Quererte mi vida, quererte!

VALENTINA.—¡Julio!

JULIO.—Cuidado, cuidado, no me aprietes, que son huevos y se pueden romper.

VALENTINA.—¿Qué traes? ¿Qué traes?

JULIO.—Arroz, huevos y mermelada de melocotón.

VALENTINA.—¡Magnífico! Menú de reyes. Oye, y el arroz, ¿con qué? ¿Has traído pollo?

JULIO.—Muñeca, que el pollo está muy caro.

VALENTINA.—Entonces, ¿con qué comemos el arroz?

JULIO.—Solo. Si solo está muy bueno.

VALENTINA.—¡Pues solo! ¡Cuánto te quiero, muñeco! Verás, verás, lo vamos a hacer entre los dos.

JULIO.—De ningún modo, muñeca. Eso sí que no. Habíamos quedado en que esto de la cocina me tocaba a mí.

VALENTINA.—Pues mira, no lo puedo consentir. Se acabaron los privilegios. Yo debo hacer el trabajo de la mujer. El arroz lo hago yo.